

EL MADRILEÑO,



SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 28 de Setiembre de 1863.

Núm. 37.

SUMARIO.

Revista general de la semana, por X.—Las hojas secas, por G. Lea y Rute.—
Los dos dentistas, cuento, por J. Pico.—El Album de la vida, por J. Gonzalez
de Tejido.—Un Angel de este mundo, por J. Garcia del Real.—La locidad
castellana.—Memorias de un gobernador de la Florida, redactadas por Wash-
ington Irving, traduccion de M. Joderias Bender.—Anuncios.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Poco ha variado el aspecto de los sucesos de que dimos cuenta á nuestros lectores en la anterior revista. La política exterior sigue marchando paulatinamente, sin que por eso dejemos de notar que á medida que el tiempo avanza, van tomando los asuntos un carácter de difícil solución.

Conocida es ya la respuesta que el gobierno ruso, ha dado á la última nota que sobre la cuestion polaca, le pasó el gabinete de las Tullerías. Esta respuesta está concebida en los mismos términos que todas las que hasta aquí lleva dadas el príncipe Gortschakoff; y segun nuestro sentir, conforme con la opinion mas general, complica sobre manera este asunto.

Los periódicos ingleses censuran la política del gabinete de San Petersburgo y protestan contra la constitucion que prepara el ministro de negocios estrangeros de Alejandro II; no faltando periódicos que como *El Morning-Post*, sostengan que los polacos tienen derecho á reclamar que se les reconozca como parte beligerante. *El Invidio Ruso* anuncia que se destruyen los bosques á lo largo del ferro-carril de Varsovia á Viena, lo cual considera como una estrategia empleada por los soldados del Czar para estudiar mas y mas á los insurrectos.

A obrar las tres potencias occidentales cual corresponde á su dignidad, el resultado de esta tan enojosa cuestion, es fácil de entrever. Los periódicos del vecino imperio nos autorizan para creer que el gobierno de Napoleon, no cesará en las opiniones que hace tiempo ha formulado: Se habla de otra nota colectiva, la cual, no dudamos un punto en afirmarlo, llegaría á ser un paso muy poco decoroso para las potencias firmantes.

Mucho nos tememos, y quizás dentro de algun tiempo, veamos claro en este asunto, mucho nos tememos volvemos á decir, que la diplomacia rusa se haya burlado de las tres famosísimas diplomacias, de Francia, Austria é Inglaterra.

El sistema de notas y de contestaciones que con tan poco resultado se ha venido empleando en esta cuestion, favorece indudablemente á los intereses de la Rusia.

El invierno se aproxima, y á medida que este avanza, se aleja la probabilidad de que se lleve á cabo una intervencion armada en favor de los poloneses.

Sabido es cuán perjudicial es el clima del Norte para algunas de las potencias occidentales.

El emperador Alejandro quedará frente á frente con la

insurreccion polaca, lo que suceda entonces no es difícil de prever.

Segun despachos recibidos de Francfort, parece que el príncipe Maximiliano está decidido á aceptar el trono de Méjico. *El Memorial diplomático*, periódico que se publica en Paris, lo afirma también, dando algunos detalles sobre esta cuestion. Dos son, segun este periódico, las condiciones que el príncipe austriaco impone para aceptar el trono. El llamamiento espontáneo del pueblo de Méjico y el concurso moral y material de las potencias occidentales; y como segun el mismo órgano, estas condiciones están ya vendidas, de aquí el que se crea en la definitiva aceptacion, de que tanto tiempo se viene hablando y poniendo en duda.

A pesar de todo, en Méjico existen dos gobiernos. El derrocado pierde terreno y fuerza, á pesar de que el general Forey tiene suspendidas las operaciones á consecuencia de la estacion lluviosa. Segun afirman algunos periódicos, parece que Juarez ha estado de incógnito en los Estados Unidos, en donde ha tenido muchas entrevistas con Lincoln.

Per mas que en estos últimos dias se haya hablado mucho sobre nuestros asuntos de Melilla, es lo cierto que nada se ha resuelto definitivamente y que nada se hará hasta recibir la contestacion que el emperador de Marruecos dé al *ultimatum* que le ha sido dirigido por nuestro gobierno. Las fuerzas están preparadas y se confirma que su mando será conferido al general Pavía, segun anunciamos en nuestra revista anterior.

De Santo Domingo lo único que se sabe es, que entre los sublevados se vió á nuestro bravo brigadier Sr. Buceta, que llevado de su arrojo se habia internado en las fuerzas enemigas. Algunos periódicos dicen que dicho brigadier murió en el combate; pero nada hay que confirme esta noticia. El capitán general de esta isla, Sr. Rivero, ha sido relevado de su cargo, y nombrado en su lugar al mariscal de campo D. Carlos Maria Vargas.

Nuestros asuntos interiores no ofrecen el menos interés. La cuestion electoral es la única de alguna importancia que se ventila entre nuestros colegas. Nosotros nos abstenemos de ocuparnos de ella, temiendo traspasar los limites que nos están marcados.

Puesto que tantas veces lo hemos prometido, justo será que consagremos hoy algunas líneas, echando una ojeada á los espectáculos públicos.

El martes último, tuvo lugar en el circo del Principe Alfonso, el beneficio del artista Wiling: dicho señor ejecutó ejercicios de gran dificultad y lucimiento, y el público le pagó con multitud de aplausos. El Sr. Braquet ejecutó por dos veces el doble salto mortal, y como el beneficiado, fué aplaudido varias veces. La concurrencia fué numerosa como siempre.

En el mismo circo estuvo á punto de ocurrir una desgracia en la funcion del miércoles, pues corriendo la cuer-

da el Sr. D'Albert, cubierto el cuerpo con un saco, dió un paso en vago que lo hizo perder el equilibrio; pero afortunadamente quedó agarrado á la mureta con pies y manos evitando una desgracia que al pronto todos creímos irremediable.

En el teatro del Príncipe, se sigue poniendo en escena con buena aceptación por parte del público, la comedia del Dr. Perez de Montalvan, titulada: *No hay vida como la honra*. Aquí nos ocurre una observacion, y es que no sabemos por qué motivo las empresas de los coliseos tienen retirados de la escena las obras de nuestro teatro antiguo, que tantas joyas literarias encierra.

No queremos decir que se les dé la preferencia sobre las modernas, pues deseamos que la juventud tenga un estímulo y encuentre el premio de sus trabajos; lo que queremos es que no se releguen al olvido obras que tanto realzan al teatro español, y que no se posterguen á los muchos pléjios del francés que han invadido nuestra escena con menoscabo de la literatura patria.

En este mismo coliseo se están ensayando varias producciones nacionales y extranjeras, entre ellas *El amor y la gaceta* del conocido y festivo escritor Sr. Serra, y la siempre aplaudida comedia de magia, titulada *Los papeos de la madre Celestina*, refundida por el mismo autor, y para la cual la empresa hace cuanto está de su parte á fin de que se ponga en escena con todo el aparato que requiere.

Segun se nos ha asegurado, parece que el conocido escritor dramático, Sr. Garcia Gutierrez, presentará á la censura, á fin de ponerlas en escena á la mayor brevedad, el drama titulado: *Una venganza catalana ó Rober de Flor*; y la segunda parte del *Grumet*, música del maestro Arrieta. Tambien tenemos entendido que se ejecutará muy pronto el drama del Sr. D. Rafael del Castillo, titulado *Rafael de Urbina*, en el cual desempeñará el papel de *Fornarina*, la Sr.^a D.^a Matilde Díez. Ultimamente, ha sido aprobada por la censura, la comedia de magia, *El castigo de la impiedad ó Lashel predicador*, cuyo autor no se conoce de fijo. Deseamos verlas puestas en ejecucion, y creemos han de corresponder, en particular las tres primeras, al buen nombre de sus autores. De la última, como no conocemos al autor de ella, nada podemos decir, si bien es verdad que nos agrada poco el ver que las comedias de magia vengán á distraer el buen gusto literario, harto adormecido hoy en nuestra patria, especialmente en cuanto se refiere al teatro.

LAS HOJAS SECAS.

Setiembre vá á finalizar.

He aquí un mes que sin poder explicarme la causa, produce en mi espíritu el efecto que causaría la vista de unas ruinas de la antigüedad: lo suspende, lo enajena, lo inunda en una inmensidad de pensamientos, que sérios y melancólicos se suceden, como las olas de la mar.

Setiembre es un mes delicioso:—quizás el que encierra más encanto de ese trozo de tiempo que llamamos año.

Sus noches son claras enmedio de la oscuridad:—sus dias llenos de luz, de vida, de armonia: su sol templado como sus brisas, sus horas... ¡ah! sus horas son el poema de lo que nace, vive y muere.

¡Qué hermosa estación es el otoño!

Sus primeros dias son los últimos de Setiembre: por eso este mes encierra toda la poesía de aquella estación.

El campo para este mes es lo que el aire para la vida.

Setiembre en una poblacion:—sin salir de la red de sus calles:—sin alcanzar á ver otro cielo que el que nos dejan mirar esas hileras de casas, sepulcros de los vivientes:—sin aspirar mas atmósfera que la que emanan esos focos de corrupcion, de falsedades, de ingrátitudes, es solo un conjunto de días sin belleza, sin armonia, sin aroma:—es una flor trasplantada á la lobreguez de un subterráneo.

Pero Setiembre en el campo:—viendo sus hermosas mañanas, sus silenciosas noches, su aurora llena de vida: su anochecer perfumado de sentimiento, se asemeja á la juventud luchando con la mano inmutable del tiempo, que pugna por arrojárle en el abismo frio y solitario de la vejez.

Mas allí ese invencible gigante que mira impávido fundirse en el polvo de la nada á cien y cien generaciones:—ese inmutable relóx que en cada segundo lleva la luz de una vida que se apaga:—esa interminable serie de horas y horas, que pelea con el mañana; que desafia con el porvenir, que antiqua con su constancia, también lucha y vence á Setiembre y le arrebatá dia por dia las últimas hojas secas de su verde manto.

¡Pobre Setiembre!

Aun no has dejado de existir y ya contemplan tus ojos la cubierta de tu sepultura.

¡Hojas secas!

Si:—miralas al pié de los árboles como regueros de lágrimas, caer, estrecharse, reunirse, queriendo resistir á los empujes del viento.

Miralas descoloridas, arrugadas, místicas, como imágenes del dolor, sin querer desprenderse del tronco que les dió vida:—Hojas á cuya sombra vino tal vez á cobijarse el cansado caminante:—que ayer tersas y lozanas fuisteis envia del hombre; bajad y decid á los vientos que sois la imagen de todo lo que existe.

Setiembre era vuestro escudo:

Setiembre vá á finalizar y con él váis á bajar á los abismos de lo que pasó.

Qué horizonte de pensamientos se descubre á la vista de las hojas secas!

Setiembre con sus hojas secas en las ruinas que suspenden, enajenan é inundan de sentimiento nuestro espíritu.

Por eso este mes vá unido á los campos, como la mirada vá unida á la pupila.

Ese mismo viento, que en otros dias al besar las ramas de los árboles, arrancaba de sus hojas espumoso fúido, dulce, misterioso, que nada dice y que todo lo semeja:—ese mismo viento que al tenderse por entre los árboles estramecia de sentimiento, la verde superficie de sus hojas, hoy se estrella en los amarillos troncos y su beso impele la caída de las que ayer acariciaba.

¿A quién le es dado verificar tal mudanza? ¿Quién posee ese tallman de la vida que ya nos ayuda á desarrollarla, ya nos precipita para perderla?

El tiempo... solo el tiempo!

Esas que indiferentes miramos arrastrarse por los campos, reunirse en los remansos de los montes, desquebrarse en el viento, volar pulverizadas á su impulso, son nuestras creencias, nuestras ilusiones, nuestros deseos, nuestras esperanzas, que se desprenden del árbol de la juventud y nos abandonan al divisar nuestro último invierno.

Por eso Setiembre se revistió de melancolia: por eso sus claras noches, sus dias llenos de luz, su sol templado como sus brisas van diciendo al espíritu que los contempla, *piensa, medita, reflexiona, que esas hojas secas que me siguen ayer como tus pensamientos, eran verdes y lozanas!*....

II.

Por qué las tardes de Setiembre al apagarse cierran sus pupilas como contentando una triste lágrima que fuera á desprenderse?

En la primavera la caída de la tarde se rodea del murmullo de las fuentes, de los árboles, de las aves:—en el estío los cantos de la chicharra, del trabajador que se retiró á su hogar, los acordes de alguna alegre fiesta acompañan y reciben á la caída de la tarde y á la llegada de la noche:—en otoño... en otoño... en otoño... muere las luces sin murmullos, sin cantos, sin gorjeos.

Profundo silencio envuelve á estas horas.

La brisa es húmeda, como el aliento de los sepulcros.

Si algún leve ruido se esencha es el que producen al arremolinarse en la hondonada las hojas secas.

Ruido que contrae al espíritu porque se asemeja al choque de huesos descarnados.

Y huesos son!

Ellas representan una generación que desaparece: cada hoja es una vida que ha gozado de juventud, de vejez: hoy comienzan a desprenderse, dejando en sus pálidos troncos los nombres de lo que fueron.

¡Débil recuerdo, también llamado a morir en el espacio del tiempo!

¡Pálidas funerarias que la alegre primavera hará olvidar! En el vasto cementerio de los campos también predomina el anhelo de dejar un recuerdo, aun después de la muerte.

El hombre en la puerta de la eternidad consagra sobre la superficie de una losa en caracteres permanentes la contraseña que le sirvió para transitar por el mundo: a ella, a su nombre le agrega todos los títulos de su pasada vanidad. ¡Pequeño resto del orgullo que le acompaña, aun al volver a la nada!

Nombres de los que fueron!
Pálidos y amarillos troncos!
Vosotros sois el pábulo de una luz, que las brisas del tiempo han apagado.

Muerta la luz, vuelve a la materia el fanal que de ella la cubría.

Setiembre para las hojas, es lo que para nosotros la última esperanza.

Brillan sus luces melancólicas, y aun nos hacen por momentos entrever, lejos... muy lejos nuestro fin: que allí donde no alcanza la razón, siempre llega a tocar el pensamiento.

Setiembre ejerce sobre el pensamiento una influencia misteriosa.

La vista de sus hojas pálidas y secas, revuelven en ese archivo de lo pasado, en ese manantial de ideas que se suceden infatigables, constantes, sin interrupción, una serie de reflexiones, graves como su silencio y como él, tristes y verdaderas.

Parece que la Providencia, al dar a Setiembre un aliento templado, y un cielo azul y sereno, nos facilita el que, al recorrer los campos, fijemos nuestro pensamiento en el cuadro que se estiende por do quiera a nuestros ojos.

Tremula imagen, que en una pálida y seca hoja, que en un amarillo y descarnado tronco, nos representa ese desenlace misterioso de la vida, a quien llamamos muerte.

III.

El lenguaje del viento, debe ser tan libre como sus alas. Parece increíble que a él le fiemos, lo que no depositaríamos en el seno del mayor de nuestros amigos.

Si el viento tiene sus momentos de meditación, de formular sus pensamientos, ¡cuántas sonrisas compasivas se han de dibujar en los flexibles contornos de su aéreo rostro!

El que penetra dentro de los eslabones, de esa cadena que se llama trato, y ve con los ojos de la realidad, lo que la humanidad se afana por ocultar: él que recibe de cada uno, en determinados instantes, la esencia verdadera de su ser: él, que se oculta tras de la careta del alma, y se asoma a su reflejo por las ventanas de los ojos, ¡qué inmensidad de secretos poseerá!

Nadie más autorizado que el viento, para hablar del corazón humano.

Hasta sus más ocultos rincones, debe conocerlos.

La trama de mentidas palabras que unen a la humanidad: el móvil de secretos sucesos que nos admiran y suspenden: la base de tanta ilusión desvanecida, de tanta esperanza irrealizada; si su lenguaje fuese inteligible, vendrían por tierra, como las hojas secas que arrebató.

¡Qué murmurarán los vientos, cuando tendidos por las arboledas; se filtran entre las hojas, como los rayos de sol se filtran por el cristal!

¡Murmurarán ingratinidades de amores ó serán palabras de sentimiento?

Tal vez su acento encierre, la compasión para la humanidad!

La exclamación de ventura que arranca en un secreto instante de placer; el angustioso ¡ay! que recibe de la madre que llora a su agonizante hijo; la sonrisa líbrica que de los labios de una ramera se escapa, a la vista de una desordenada orgía; la mirada de dolor del que llora un desengaño; el suspiro amoroso de un amante ausente; el juramento de una venganza; la blasfemia de la desesperación, todo, revuelto, en confuso remolino, sin orden, sin concierto, va en las alas de ese ligero ser, levantando un murmullo incomprendible, que ya se asemeja a los ecos de una música lejana, ya remeda con sus rugidos, la prepotente voz de las olas del Océano.

Misterios y solo misterios revela el murmullo del viento!

Impasible acoge en su seno lo mismo el ay que la maldición.

Mar sin límites ni riberas, que recibe la lluvia del cielo, tranquilo y con indiferencia.

¡Pobres hojas secas!

También como nuestros sentimientos, vosotras depositasteis en sus alas, vuestra juventud, lozanía, secretos y perfumes, y hoy... hoy inclemente y frío, os mece, os arranca, os arrebató y sigue entre murmullos su ilimitado camino.

Bien vayas espejo fiel del tiempo!
Tu muerte se concentra en el Otoño, como la nuestra en la vejez.

Tu arrebatas hojas pálidas y secas y nosotros damos a la tierra, despojos asquerosos, huesos corrompidos, que en otros días inspiraron, ilusiones, esperanzas, amor!

Setiembre va a finalizar.

¡Ay!—si el árbol del corazón tuviese otra primavera:—si las hojas de él caídas, volviesen otra vez a florecer:—si de nuevo lo arrullasen las armoniosas brisas de la juventud, sus dorados sueños, sus mágicas esperanzas, yo vería las hojas que hoy entristecen a mi espíritu, con la calma que miro las negras nubes que por un momento ocultan la luz del sol.

Pero no:—el corazón es una planta que toda su esencia la reconcentra, en la flor purísima del amor.

Si el viento del desengaño y de la ficción le adelanta su otoño y sus hojas se desprenden una a una como las lágrimas de la inocencia, su tronco envejece en su misma antigüedad trocando el jardín de la juventud, en un desierto sin arroyos y sin flores.

Por eso Setiembre me remonta, espiritualizando el pensamiento: por eso me lleva de melancolía y por eso voy a buscar en los campos a nuestras fieles hermanas, las Hojas Secas.

G. LIL Y RUIZ.

LOS DOS DENTISTAS.

Un pobre cirujano romancista.
Tomó un criado y se metió a dentista.
Pero sufrieron lutos tantas hambres,
Que se quedaron como dos alambres;
Y viendo cierta el fátulo su muerte,
Tomo la puerta por variar de suerte.
Un año trascurrió, y el cirujano,
Sacando muelas con segura mano,
Llegó como dentista
A ser un buen artista,
Envuelto en libros y mugrienta ropa,
Porque apenas ganaba para sopa.
Un espléndido coche
A su puerta paróse cierta noche,
Y vio bajar absorto a su criado,
Alegre y opulento y colorado,
Con cadenas, botones de brillantes
Y sortijas encima de los guantes.
El dentista, con loco regocijo,
A su criado interrogó y dijo:
—¿Cómo nadas, muchacho, en la opulencia,

Mientras yo, con mis libros y mi ciencia,
Y pulsando el gatillo como un plectro,
Continúo mas flaco que un espectro?
— Señor, muy fácilmente:
Arrancando las muelas á la gente.
— Pero quién te ha enseñado?
— Usted cuando me tuvo de criado.
— Y has ejercido?— Si, señor, muy sério.
— Y á cuántos has llevado al cementerio?
— A caballo he corrido toda España,
Y en un año que tuve de campaña
Desempedrando bocas,
Fueron, señor, no pocos
Los que dejé con mi feroz gatillo
Sin alguna mandíbula ó carrillo;
Y hasta una vez, que me escurri en la silla,
A un cura le arranqué la campanilla.
Mis victimas están fuera de cuento,
Pero yo estoy rollizo y opulento:
— Y en tus profanas manos,
¿Cómo se han puesto tantos parroquianos,
Mientras las manos mías
No arrancan una muela muchos días?
— Venid, señor, mirad por la terraza;
¿Cuántas personas veis en esa plaza?
— Habrá unas ciento veinte ó ciento treinta.
— ¿Y á cuántos suponeis, por buena cuenta,
Con sentido común, de esos cristianos?
— Tres ó cuatro cerebros no vacíos.
— Pues esos son de usted los parroquianos,
Y los demás son míos.
Y esto viene á probar por experiencia,
Que, si el hambre es hermana de la ciencia,
Para hacerse en el mundo un hombre rico,
Le basta con frecuencia ser borracho.

José Picon.

EL ALBUM DE LA VIDA.

Un album en nuestra vida,
ya de bolsillo, ya en folio,
donde escribe sus recuerdos
cada cual de nuestros prójimos.

Cual luce tapas de nácar,
cual pergamino en el forro,
y hay quien el suyo encuaderna
con pellejo de sus prójimos.

Es la niñez su portada,
toda de colores y oro,
toda de esperanzas verdes,
color que dura muy poco.

¿Cuántas páginas de penas
y cuán pocas de alborozo!
¿cuántas llenas de traiciones
y de música de bombo!

Allí una amistad eterna
que se ha convertido en odio,
y al lado un volcán de amores
que se ahogó de frío y sosó.

Y un pliego tras otro pliego
van girando por sí solos:
tardan en pasar los tristes,
los alegres huyen pronto.

Y llenan la última hoja
un estudio de piporro
y el estuche del olvido,
que asoma tras de un responso.

¡Ay! si la página ácase
del placer da breve gozo
la de la muerte al momento
se presenta á nuestros ojos!

En el album de tu vida
todo es placer, risas todo:
Dios en sus hojas, Emilia,
dicha y paz escriba solo.

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

UN ANGEL DE ESTE MUNDO.

(Continuacion).

IV.

Tristemente abstraída la simpática jóven, dejara ya de implorar con sus miradas la compasion de los transeuntes. Su madre tenia razon. Indiferencia en la mayor parte, curiosidad en muy pocos, fueron los únicos sentimientos que hasta entonces habia despertado su aspecto.

¿Por qué la pobre niña encaminaba sus pasos hacia uno de los sitios mas concurridos y amenos de la corte? ¿No era mas natural que, agobiada por el peso de la indiferencia, que apagaba en sus labios las suplicantes palabras, desgarrando su tierno corazon, volviese guiada por su dolor á los brazos de su madre, ó fuese á llorar su amargura á un lugar mas solitario?— Sin duda que si, pero tambien sin duda, una voz misteriosa decia al oido de aquel ángel: «En ese sitio, cuya bulliciosa concurrencia se ocupa de todo menos del desgraciado, donde es tan notable el imperio del interesado egoismo, ahí hallarás quien enjague las amargas lágrimas, tendiéndote una mano generosa.» Y la misteriosa voz no se equivocaba.— Merced á su benéfico influjo los pasos de la jóven ya no son tan inciertos, los semblantes que mira le parecen mas compasivos, y enjugándose los bellos ojos, se sienta en el primer banco que halla desocupado. Ya aqui se sienta mas animada, y hasta contempla con infantil curiosidad cuanto la rodea.

¿Qué mas? venciendo su timidez, ruega al que pasa mas próximo á ella «que socorra por el amor de Dios á su padre moribundo?»— El interpelado era un grueso y colorado individuo, cuyo rostro anunciaba mas satisfacción que franqueza, y que parecia mas cuidadoso de su respetable humanidad que de las tribulaciones del prójimo.

Sin notar apenas quien le dirijia la palabra, encojió sus abultados hombros y se alejó murmurando: «holgazana» ¿qué padre ni qué patraña? «Fuérale mejor estar trabajando» y otras frases por el estilo que afortunadamente la inocente niña no llegó á oír.

El corazon egoísta de aquel hombre no pudo comprender la verdad de las conmovedoras palabras de la jóven, garantizadas por el semblante mas candoroso y por la actitud mas modesta que es posible ver.

Y no hacemos poco favor á esta clase de individuos juzgándolos de este modo, cuando son bastante notorios el desprecio y vilipendio que prodigan á muchos desgraciados, algunos de los que conocen toda la estension de su infortunio.

Nosotros estamos dispuestos á creer que el personaje á que nos referimos nó sería de estos últimos. La indulgencia ante todo.

Defraudadas las esperanzas de la pobre niña, no tuvo mas consuelo que el único que en circunstancias tales le quedaba. El llanto; pero llanto que formaban la amargura, el desconsuelo, la desesperación, el odio quizá. Pero no; tan angelical criatura, no podía, no habia nacido para odiar.

Desde aquel momento ya no la distraia nada; ni el ruido y algazara de los niños pueden dar tregua á su dolor, que se espesaba en ahogados sollozos.

Impulsos tuvo de volverse á los brazos de su madre á quien inquietaría su tardanza, mas la voz misteriosa la decia: «Espera aun.»

Y no esperó en vano. Muy poco despues de haber pasado el individuo de que hemos hecho mencion, un grupo interesante se detuvo á observarla á pocos pasos de distancia. Le componian dos personas. La una era un caballero de edad madura, cabellos grises y noble continente; la otra un jóven de unos 15 ó 16 años, color pálido, fisonomía pensadora, delgado y bien proporcionado. Sus ojos de un pardo claro, eran bastante bellos; é impregnados de melancólica tristeza, como en el momento que describimos, ó animados de un relampago de alegría, son indudablemente hermosos cual ningunos. El parecido de estos dos personajes era tal, que nadie dudaría acerca de la relacion que entre ellos debia existir.

El primero se llamaba D. Alberto G....; el segundo su

hijo Enrique.—Ambos vestían con cierta sencillez no desfigurada de elegancia, y la distinción de su porte no anunciaba personas vulgares, por más que su modesto traje no los presentase como favorecidos por los dones de la fortuna.

D. Alberto había sido militar en su juventud, pero, en extremo aficionado á la pintura, que cultivaba con algun éxito, pidió su retiro á los 38 años de edad y veinte de servicios, cuando ya tenía el grado de comandante, para poder, con más asiduidad, dedicarse á su pasión favorita. Esta le producía algunas ganancias; lo que unido á su modesto retiro le permitía vivir con desahogo y dar á su hijo único una esmerada educación.

Varias carreras le propuso seguir, y entre ellas la militar que tanto seduce á la mayor parte de los jóvenes; pero Enrique, cuya alma era de artista, prefirió el lápiz en la academia de San Fernando, á la brillante charretera que se le ofrecía.

Y no desagrado á su padre esta determinación. Firmemente persuadido del talento de su hijo, le alentaba á perseverar en ella con su ejemplo, le aleccionaba con su experiencia mostrándole siempre los mejores modelos, y era en fin, al par que un excelente padre, un ingenioso y utilísimo maestro.

Ya conocemos á estos dos personajes. Veámos lo que les sucedió con nuestra heroína.

Los hemos dejado contemplándola poco há: el simpático rostro de Enrique manifiesta melancólica tristeza; el de su padre respira nobleza y bondad. Pronto cambian entre sí una mirada, y el joven con paso decidido se dirige hacia la desconsolada criatura.

—¿Por qué lloras, pobre niña? Tan joven y ya tienes penas? El acento con que pronunció Enrique estas palabras, era de esos que penetran hasta el fondo del corazón; y que no puede olvidarse mientras se viva, aun cuando solo se haya escuchado una sola vez.

Tal impresión le habían hecho los groseros modales de su primer interlocutor.

—Sí, hermosa niña, le contestó Enrique con dulzura, á ti me dirijo: Me interesas vivamente, porque esas amargas lágrimas que riegan tu rostro tan puro, indican que te afligen muy penosos sufrimientos; y tan grande como es el interés que las desgracias me inspiran, tanto es el deseo que tengo de aliviarlas.

Infable alegría brilla en los negros ojos de la virgen, que, después de darle gracias con gratitud imposible de describir, le pregunta temblando de emoción: ¿será cierto, caballero? ¿Vd. socorrerá á mi padre que se muere, y hace tanto tiempo está postrado en cama? ¿Vd. dará pan á mis hermanitos hambrientos? ¡Oh! si Vd. hiciese eso, mis padres le bendecirían, y mis hermanitos y yo, le querríamos á Vd. mucho ¡oh! sí, mucho!!

Y en los ojos de la niña, clavados en Enrique con creciente entusiasmo, se retrataba el más puro reconocimiento y la satisfacción más viva.

La emoción del joven ante un lenguaje tan tierno y expresivo, le conmovió profundamente porque las palabras de aquel ángel habían penetrado hasta el fondo de su corazón de artista, para decidir de su destino. Si, ya no veía en aquella criatura, la pobre niña, quizá abandonada, y cuyo llanto se enjuga con un ligero socorro. La que temía ante sí era el ángel de su poética imaginación, el ideal de sus sueños de gloria y de amor, Florita, la pálida virgen, la hermosa y candida niña.

(Se concluirá.)

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

LA LEALTAD CASTELLANA.

El reciente fallecimiento del señor duque de Híjar ha traído naturalmente á la memoria el privilegio que gozan los señores de este título, como condes de Riveadeo, de comer el primer día del año en la mesa de sus majestades, dándoles estos además el vestido que usan en dicho día.

Así lo explica nuestro querido amigo el escritor gaditano Sr. Blanco Ibañez:

I.

«Juan II ocupaba el solio de Castilla.

La corte caballeresca del rey poeta, en la que florecían los Jorges Manriquez, los Juanes de Mena, la corte del favorito D. Alvaro de Luna, al par de entregarse á justas y torneos, gozando en toda clase de festines, veíase agitada por ambiciosos conspiradores que odiando al monarca, oprimían mas y mas el yugo del pueblo, sujeto en todo al capricho de un favorito.

Juan II, padre de nuestra incomparable Isabel la Católica, descuidaba en demasía los negocios de Estado por fútiles pasatiempos que les ofrecían sus cortesanos.

Juan II no reinaba en Castilla.

D. Alvaro de Luna era el verdadero monarca de ella.

II.

No pretendemos trazar la historia del reinado de Juan II, ni mucho menos la de su heterogénea corte, pero sí recordar un hecho que siendo la admiración de propios y extraños, brilla en los fastos de la Edad Media y dice á las generaciones futuras el valor y la lealtad castellana, que heredada de nuestros abuelos, venció el Dos de Mayo, venció en Africa y vencerá siempre do quier palpite un corazón español.

Era el año de 1441.

Los grandes habían celebrado la Pascua con todo el lujo y esplendor de sus riquezas.

Las fiestas se sucedían unas á otras, y el descuidado monarca no veía tras ellas las lágrimas de sus pueblos.

Estos sufrían en silencio, en tanto que los ricos magnates de Castilla conspiraban contra la vida del rey.

El mal crecía pareciendo eclipsar la estrella del condestable, unida á la del padre del imponente Enrique.

Empero Juan II ignoraba todo, ni un átomo de la mas leve sospecha penetraba en su confiado corazón.

Los nobles de la fracción conspiradora, queriendo congratularse con el amor del monarca, ofrecieron á este un opíparo banquete el día de la Circuncisión del Señor, 1.º de enero de 1441.

El rey aceptó el convite con alegría. En él debía morir.

III.

Entre los caballeros de la corte de Juan II figuraba uno que, ora por su nacimiento, ora por su lealtad al trono, era el predilecto amigo del monarca castellano.

Ese caballero se llamaba Rodrigo de Villadrando, conde de Riveadeo.

D. Rodrigo era leal, ignoraba el plan que se fraguara contra la vida del rey, y sin recelo y sin sospecha le acompañó al palacio del magnate que le ofrecía la fiesta.

Ya esta ha comenzado.

Juan II departe alegremente con su corte, y esta aparece alegre con él.

La animación es grande.

Numerosos caballeros rodean la mesa que preside el rey; ricos y esquisitos manjares aparecen en ella en brillante vajilla; el lujo es incomparable, y él denuncia la riqueza del poderoso anfitrión.

La llegada de un desconocido interrumpió el régio festín.

El desconocido se acercó al rey y le dijo unas misteriosas palabras.

Juan II con el recién llegado abandonó el comedor entrando en un pequeño gabinete.

Los nobles se miraron recelosos, creían haber sido descubiertos y temían justo castigo.

La incertidumbre crecía, todos murmuraban de la prolongación de la entrevista.

Uno de los conspiradores, mas osado acaso que los otros, se atrevió á entrar en el gabinete donde se suponía encontrar al monarca; mas ¡cuál sería su sorpresa al

ver vestido con el traje de Juan II al mensajero que há poco le buscará!

El mensajero era Rodrigo de Villadrando.

El plan había fracasado; los nobles indignados mataron á pñaladas al infortunado conde de Rivadeo.

Juan II se había salvado.

La lealtad castellana se sacrificaba por su vida.

Hé aquí lo que dice Mariana acerca del hecho que hemos descrito:

«En el año de 1454, día de la Circuncision, defendió valerosamente al rey el capitán Rodrigo de Villandrando, en premio de lo cual y para memoria de lo que hizo aquel día, le fué dado un privilegio plomado, por lo cual se concedió para siempre á los condes de Rivadeo que todos los primeros días del año comiesen á la mesa del rey y le diese este el vestido que usara en aquel día.»

Tal es el origen de la ceremonia que tiene lugar en el palacio de nuestros reyes el día de la Epifanía.

Los duques de Híjar, como condes de Rivadeo, reciben de S. M. la reina doña Isabel II, el traje que usa el día de Reyes, teniendo la alta honra de acompañarla á la mesa siempre que lo hace en público.

El privilegio instituido por Juan II, será eterno, pues al par que recuerda la valerosa acción de D. Rodrigo de Villandrando, dice mucho en pro de la lealtad y el heroísmo de los nobles del pueblo español.

MEMORIAS DE UN GOBERNADOR DE LA FLORIDA,

REDACTADAS

POR WASHINGTON IRVING.

(Conclusion.)

—Y á V. qué lo ha traído por aquí volví á preguntarme sin darme por entendido de mi mal humor.

—Y á V. qué le importa!

La llegada de otras personas cortó nuestro diálogo; pero yo me había yo puesto de pié poseído de santa indignación, viendo amenazada mi autonomía por aquel coloso, el cual entonces se marchó por donde había venido.

A la mañana siguiente, previo el día V. permiso de costumbre, se me entró por las puertas el mismo individuo de las calzones, cortés y de la barrigota, saludándome de la manera más ceremoniosa. Figúrese V. qué cara le pondría; pero al fin su figura triunfó de mi susceptibilidad. Era jurisconsulto y de gran reputación en la comarca, según oípe después; estaba informado de todo lo concerniente á mi persona por mi mismo padre, su grande amigo, y venía á ofrecerse para dirigir mis estudios. Acepté gustosísimo y desde aquel punto vi claro en el porvenir, cobré ánimo, me apliqué mas todavía y con mejor resultado que antes trabé relaciones de amistad con varios jóvenes del pueblo que seguían la misma carrera; fundamos una especie de liceo, en las discusiones me distinguí, fui aplaudido, adquirí popularidad, y para que nada faltase dieron las danzas en concurrir á nuestras juntas; lo cual ejerció su civilizadora influencia en el lenguaje y manera de los crudos, sobre todo en mí, que buena falta me hacía cepillarme. A esto contribuyó también mucho mi mentor, que ni de encargo hubiera sido mas aparente para el caso, pues siempre tenía en la boca textos de lord Chesterfield, y citaba á Sir Carlos Grandison como su bello ideal, por supuesto Sir Carlos Grandison Rentuckizado, y así poco á poco fui corrigiendo los infelices resabios y hábitos montanos que contraí con el tío Pimentá y demás compañeros de escopeta.

Siempre había sido muy de mi agrado la sociedad femenina; pero como no había tenido roce sino con las hijas silvestres del campo, carecía de trato, y las señoras me infundieron respeto y temor. Mas quiso mi estrella que dos ó tres de estas que tuvieron ocasión de verme y oírme en el liceo quisieron de *motu proprio* encargarse de presentarme en los principales salones de Barstou, y en ellos

y con ellas convertí en decente franqueza mi imprudencia, y en agradable modestia mi timidez y cortedad.

Pues señor, una noche fui á tomar el thé en casa de la señora de N... á cuyo lado estaba su hija; y quién creará V. que era su hija? la rubia de los ojos azules y del vestido blanco, la encantadora joven cuya purísima boca profané con el beso mas mundano de los besos. Me quedé frío y ella se puso como la traza; empero ni ella ni yo manifestamos de otro modo nuestro antiguo é íntimo conocimiento. A poco rato tuvo que dar algunas órdenes su madre y nos quedamos solos. De buena gana hubiera dado en aquel instante diez años de vida por hacerme invisible ó por volar. Comprendía la necesidad de decirle algo para excusar mi grosería pasada; pero mi cabeza no podía discurrir, ni mi boca hubiera obedecido á la cabeza; quise huir, pero ¿con qué piernas? no es menos cierto que deseaba también quedarme y ganar su voluntad.

Al cabo, viéndola tan torbada ó mas que yo, cobré ánimo, y adelantándome hacia ella, señorita! exclamé, quisiera pedirle á V. perdón; y... francamente, no sé cómo pedirselo... estoy sufriendo mucho... muchísimo... compadézcase V. de mí y ayúdeme á salir del apuro en que me hallo...

Una sonrisa, dos hoyitos en las mejillas, ponerse mas encendida todavía y echarme una mirada entre tímida y maliciosa, que espresaba un mundo de amables recuerdos, fué su respuesta. Saltamos el traje á reír y todo fué desde entonces á pedir de boca.

Pasaron días y la volví á encontrar en un baile. Ya entonces no pude contenerme y le hice mi declaración en regla; me contestó satisfactoriamente, y de este modo quedé comprometido antes de cumplir 19 años. ¡Vaya un sujeto! Pasaron mas días y la pedí á su madre; y al notar yo que vacilaba en contestarme dando suelta á la vivacidad de mi carácter le dije: Señora, es inútil oponerse; si su hija de V. me quiere como dice, me casaré con ella aunque se oponga todo el género humano!

Ella se echó á reír de mi salida y me contestó que la única cosa que deseaba era verme en disposición de poder verificarlo con desahogo, pues por su parte nada tenía para dudar á su hija. Dabo advertir que esta señora conocía á mi familia.

Pero ¿quién piensa en dotes á los 19 años, cuando todo se ve de color de rosa! Mi pecho rebosaba confianza, y ni leonia ni dudaba de nada ni de nadie. Quedó pues, convenido que en concluyendo la carrera nos casaríamos.

Metido estaba hasta el cogote en la jurisprudencia, cuando recibí cartas de mi padre, quien sabedor de mi vida y milagros escribía dándome su aprobación mas esplicita y aconsejándome terminase la carrera en la universidad, para cuyo efecto me ofrecía el dinero necesario. Demas comprendía yo cuán conveniente y del caso era dar fin y remate á mis estudios, arrastrando bayetas en claustro; pero sin embargo, vacilaba en razon á que de admitir la generosa oferta de papá, creia ponerme hasta cierto punto en contradicción con la línea de conducta que me había trazado y con los principios de independencia que con tanto orgullo, ó por mejor decir, con tanta presunción proclamé el día de mi partida del hogar paterno. Somel, empero, el asunto á la señora de mis pensamientos, y esta no solo aprobó el plan de mi padre sino que habló de una manera tan generosa, tan franca, tan pura y tan enamorada que si no hubiese estado ya loco por ella, aquel día me hace perder la chaveta. Consentí pues, si bien de malísima gana en ir por dos años á la universidad. Pero el hombre propone y Dios dispone; en víspera de partir y ya con las maletas cerradas cayó enferma su madre y murió, quedándose la pobre niña huérfana y desamparada. ¿Qué debía yo hacer? Ni mas ni menos de lo que hice. Renuncié á las clases con la esperanza de suplir á fuerza de trabajo y aplicaciones lo mucho que me faltaba para recibirme, y una vez recibido casarme; y así sucedió, como lo digo.

VI.

¡Vaya una parejita cuca que hacíamos! Emilia rayaba en los 16 años, yo apenas en los 20, ambos sin una peseta. La casa y el menaje correspondían al caudal: un partidito de dos habitaciones en el primer piso empezando por arriba, una cama, estrecha para persona; pero muy capaz pa-

re nosotros, una mesa, seis sillas, seis cubiertos, seis platos, seis tazas y todo por medietes docenas; ya se ve no había dinero para más; en cambio, ¡tantos tesoros de amor y felicidad!

Pues después de nuestro casamiento debía tener lugar una audiencia en las cercanías de Bastown, y para mí era de absoluta necesidad hallarme en ella. Pero cómo y con qué dinero hacer el viaje? Si había gastado mi trapillo en alhajar la casa; y luego dejar á Emilia sola se me hacía tan cuesta arriba! También si no iba y no ganaba algún dinero presto le veríamos las orejas al lobo y no tendríamos que comer; trage fiero! porque la comida ha sido y será siempre artículo de primera necesidad, hasta para los enamorados. Pedí pues prestado: ocho ó diez duros y un caballo y salí dejando á mi mujercita entre llorosa y risueña en el umbral de la puerta diciéndose: ¡adiós! con las manos hasta perderme de vista. Y la electricidad de su última mirada me fortaleció de tal modo el corazón que lo sentí amonose, resuelto y capaz de las más desconmutales empresas y mayores prodigios.

Llegué al lugar de la audiencia; la posada estaba llena de viajeros atraídos por la curiosidad, y el comedor cuajado de gran número de ellas disponiéndose á beber. Al entrar vi que cierto individuo maltrato á un pobre viejo; esto me indignó; quise terciar en la pendencia, el agresor me contestó brutalmente, y yo entonces sin proferir palabra le planté dos kofetadas. Lo tiré al suelo y á puntapiés le eché del comedor. Aquel fue mi Marengó, todo el mundo me hizo lado, recibí qué se yo cuantos saludos, me obligaron á beber y quedó establecida mi reputación. Cinco minutos antes nadie me conocía; ahora todos se disputaban mi amistad; cinco minutos antes pasaba desapercibido entre aquella multitud; ahora era el héroe de la fiesta. ¡Así es el mundo!

Al siguiente día tomé asiento entre los abogados en el tribunal. Al poco rato comparece un hombre acusado de monedero falso; le pregunta el presidente por su defensor, y contesta que no le tiene por haber sido preso en lugar donde no hay abogados, entonces el presidente le manda nombrar uno para presentarse con él en la próxima audiencia, y el preso pasea la vista por el banco nuestro y me designa. Me quedé en una pieza, y sin poder explicarme el por qué de aquella preferencia hacia una persona tan inexperta y tan soberbia como yo, sin embargo, mi amor propio estaba satisfecho y más de una vez tuve impulsos de abrazar á mi cliente. El cual, antes de separarnos, me plantó en las manos un paquete con cien duros, como para hacer boca. Creía soñar. El peso del dinero decía muy poco en favor de su inocencia; pero á bien que yo no era juez sino abogado. A media noche dejé concluida la defensa y me acosté con ánimo de dormir un par de horas. Dormir! buena tenía la cabeza para eso! No bien la descansé sobre la almohada, cuando empezó á dardar por ella una procesion de ideas que me la dejaron hecha una olla de grillos: primero los cien duros del tributo monedero, luego la imagen de mi Emilia, sorprendida de verse rodeada de tanto dinero, después la terrible responsabilidad de abogar por un criminal, y el hablar en público la primera vez, y las esperanzas que mi defendido habría fundado en mí, y... en fin, no he pasado nunca una noche más angustiosa, ni me he levantado, tampoco ningún día con el espíritu y el cuerpo más abatidos. Salí de mañana á respirar el fresco del campo; pero ni porque me eché agua en las sienes, ni porque me bañé las muñecas, ni por nada pude amortiguar el ardor febril que me devoraba. Almorcé café bebido; y con grandes palpitaciones de corazón, me dirigí á la audiencia. Estoy seguro de que, al sentarme, tenía yo mas trazas de monedero falso arrepentido que el hombre en cuyo favor iba á hablar; y si en aquel momento no me asaba el recuerdo de Emilia sola en su deaven, sin mas amparo que el mío, le devuelvo sus cien duros, le manda muy enojada mala y me vuelvo á casa. Llegó el turno del monedero; tocóme hablar, y al levantarme, se me desmayó el corazón en el pecho; principié turbado la defensa, balbuceé unas cuantas palabras y me perdí. El fiscal entonces se me vino encima de una manera violenta, y aquello me salvó, porque al verme insultado ante tan numeroso auditorio, sentí

correr por todas mis venas como una chispa eléctrica que me devolvió la confianza, el valor, la energía, el fuego perdido; y began vivacidad y amargura le afé su proceder; y continuando mi discurso con la misma intrepidez, lo concluí en medio de los aplausos repetidos del concurso, y mi hombre fué absuelto.

Esto me colocó en primera línea. Todos deseaban saber quién era el joven abogado que había obtenido triunfo tan brillante y dado una felpa tan buena al fiscal: la historia de los mojicones de la víspera, se repitió con adiciones y notas, y hasta la ausencia de toda barba en mi rostro y el aspecto añado de mi persona se interpretaron por aquellos habitantes de una manera ventajosísima para mí. Esto dió por resultado que se me presentasen muchos bribones para que los defendiera, y los defendí como un hombre y tan á gusto suyo, que el sábado por la noche, cuando se cerró el tribunal, después de pagar la posada, me encontré dueño de ciento cincuenta duros en plata, trescientos en billetes y un caballo por el cual me dieron en otro pueblo, cuatro mil reales. Total: seiscientos cincuenta pesos fuertes, limpios de polvo y paja.

Difícil haya existido jamás un avaro que, con mas delicia mirase su dinero que yo el mío en aquel momento. Cerré la puerta con llave, puse la plata, y los billetes en dos montones, les hice la rueda como el pavo á la para, y luego me senté enfrente y quedé en amorosa éxtasis contemplándolas. Pero no pensaba en el dinero al hacer esto, ni pensaba en mi pobre Emilia, que se había quedado sola en casa. ¡Qué noche tan deliciosa pasó, soñando con los ojos abiertos en la abundancia, en la prosperidad y en la riqueza!

Al despuntar la aurora, monté á caballo en el de alquiler, llevando del ramal el que me habían dado por honorarios, y durante todo el camino fui pensando en la sorpresa que iba á causar á Emilia con mi fortuna improvisada, pues tanto ella como yo nos habíamos puesto en lo peor.

Nuestra entrevista fué todo lo buena que pueda imaginarse; no obstante, hice el papel de los cazadores indios, los cuales cuando vuelven á su hogar, no hablan en largo rato de la cacería que han hecho; y mientras Emilia preparaba la comida, formé en batalla los pesos duros y desparrané los billetes por la mesa. Poco tardó en volver con un plato en cada mano, y al notar aquello, me preguntó para quién era.

Para quien ha de ser, le contesté con aparente tranquilidad, sino para nosotros.

Emilia se quedó mirándome con una cara de incredulidad, que daba gusto verla. Quise sostener hasta lo último mi papel de indio; pero no pude; los nervios, el corazón, la cabeza, todo se me dispersó, lloré y reí de alegría como loco, y le di á Emilia mi abrazo y diez mil besos. Desde entonces nunca jamás nos ha faltado dinero.

Llevaba poco tiempo de ejercer cuando una mañana me sorprendió con su visita el tío Pimentón, quien, atraído de mi fama, había hecho ciento cincuenta millas á pié, solo por verme. Mi casa estaba ya perfectamente puesta y nosotros vivíamos con mucho desahogo. El tío Pimentón examinó prolijamente los muebles, las cortinas, los cuadros, todo, y con gran estrañeza que nada censuró ni calificó de inútil, antes al contrario lo halló indispensable en mi nuevo estado. Hablamos de campo, me dijo suspirando:

—Qué bien has hecho en abandonar los bosques; ya no son ni sombra de lo que fueron! ¡Todos los animales emigran! Ahora, prosiguió, si la caza no hubiese faltado, habría sido una niñada dejar las armas por la toga.

Por mas que hice para obligarlo á pasar algunos días con nosotros fué en vano: se marchó de ver tanta gente á su alrededor, y al fin partió de nuevo para los montes. Mucho temo que no haya concluido bien, pues al decir esta invierno que años antes de morir, tuvo valor de casarse con Suckey, con la... famosa Suckey.

FIN DEL CUENTO.

MARIANO JUDERIAS BENDÉN.

Proprietario y editor responsable.
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.

EL SACRIFICIO Y EL SACERDOCIO.

Instrucción á los fieles sobre tan importante materia,
publicada con la aprobacion de la autoridad eclesiástica,

POR D. M. G. R.

La indiferencia en materias de Religión acarrea sobre los pueblos las mas funestas consecuencias, pues con ella van desapareciendo poco á poco las buenas costumbres, y desarrollándose lastimosamente los mas repugnantes vicios. Esta es una verdad innegable que vemos confirmada por la esperiencia. El hombre que descuida el cumplimiento de sus deberes religiosos, no es tampoco fiel guardador de sus deberes sociales, porque le falta la base principal de la honradez, que es el temor de Dios. Por lo tanto y para desterrar de la sociedad los males que produce la indiferencia religiosa, es necesario inculcar en las gentes el aprecio y veneracion que merecen las cosas santas, valiéndose al efecto del recurso poderoso de los buenos libros, que á la vez sirvan tambien de antidoto saludable contra la venenosa lectura que la impiedad derrama por todas partes. Con este objeto hemos publicado una obra para dar á conocer á los fieles cuanto deben saber con respecto á las dos instituciones divinas que son, digámoslo así, la base fundamental de la Religión, á saber: *El Sacrificio y el Sacerdocio*.

En cuanto á *El Sacrificio* demostramos la necesidad y obligacion de rendir á Dios el culto debido, elevándole nuestras ofrendas, en reconocimiento del supremo dominio que tiene sobre todo lo criado, segun lo acredita la constante práctica de todos los hombres desde el principio del mundo, enseñando á los fieles la superioridad incomparable que sobre todos ellos tiene el augusto sacrificio de la Misa, explicando sus sagradas ceremonias, el origen y significacion de sus ornamentos, el provecho espiritual que reciben los fieles por medio de tan grande sacrificio, la obligacion preceptiva de asistir á él, los requisitos que para ello son necesarios, las causas que pueden escosar á los fieles la asistencia y el modo de asistir devotamente á su celebracion. A toda esta doctrina van agregados ejemplos y pruebas de suma importancia.

Con respecto á *El Sacerdocio* enseñamos igualmente á los fieles la sublimidad y excelencia de tan sagrado ministerio, el respeto y consideraciones que deben tributársele, los beneficios que á la sociedad dispensa y la obligacion en que se hallan los pueblos de contribuir con sus bienes al decoroso sustento de los ministros de Dios. Aquí hemos procurado destruir el principio en que se funda la impiedad moderna, que pretende negar el derecho que tiene el sacerdote á percibir la competente asignacion para su decoroso sustento, manoseando irreverentemente aquella máxima de Jesucristo: *Mi reino no es de este mundo*; explicamos, pues, lo que el Salvador quiso darnos á entender con aquella santa máxima, y demostramos que el sacerdote tiene un derecho indisputable á su congrua sustentacion, probándolo con ejemplos de la ley natural, con lo preceptuado en la ley escrita, con lo dispuesto en el santo Evangelio, con lo enseñado por los santos padres, con lo dispuesto en los concilios, con lo practicado por los mas ilustrados y poderosos monarcas y reconocido por hombres eminentes en ciencia.

Baste, pues, con lo indicado para comprender la utilidad de la obra que ponemos en venta, y desde luego abrigamos la conviccion de que será bien acogida por todos los señores individuos del respetable clero, no dudando se interesarán en que todos sus feligreses se provean de una obra tan útil y provechosa.

El precio de cada ejemplar encuadernado, son 8 reales; en cada seis ejemplares damos uno gratis; tres en cada doce y siete en cada veinticinco, francos de porte.

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes 8 reales.
Por tres meses 20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses 26 reales.
Seis idem 50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año 120 reales.

(Franco de porte.)

Colocacion en el Banco de Economías de un real por mes de suscripcion, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodriguez, Caballero de Gracia, 15.

Retrato de Calvo Asensio.

Todos los amantes de la humanidad, de la honradez y del progreso, deben conservar el retrato del ilustre patriota que supo colocarse en su breve vida á la altura de las primeras eminencias de nuestra época.

Se hallará en la administracion de El Madrileño, Caballero de Gracia, 15.

LIBROS QUE HAY EN VENTA EN NUESTRO ESTABLECIMIENTO.

Nuevo tratado Métrico Decimal, sin el auxilio de Maestre. Comprende mas 200 problemas prácticos.—Su precio, 8 reales en Madrid, y 10 en provincias.

Curso completo de Ortología, ó sea Nuevo Silabario de la Lengua Castellana.—Segunda edicion.—5 rs. en Madrid, y 4 en provincias.

Guia legislativa y directiva de Escuelas rurales; 5 rs. en Madrid, 4 en provincias.

ADVERTENCIA.

El último número *gratis* que corresponde á los que tienen en su poder los diez números que se regalaban para el sorteo del 30 del presente setiembre, llevará la lista del sorteo segun tenemos ofrecido; y con el objeto de no retardar á nuestros suscritores el semanario, mandaremos á aquellos el Diario con la espresada lista; sirva esto de aviso por lo que pueda tardar dicha lista.

Tambien pondremos los pueblos y números donde tocaron los regalos de agosto.